

XXIX

EL TÍO LORIOT

Después de seguir con la vista á los fugitivos hasta que hubieron desaparecido por la capilla, exhaló el marqués de Souday una de aquellas exclamaciones que indican un desahogo del alma, y volvió al vestíbulo, desde donde pasó á la cocina. Contra su costumbre y con suma extrañeza de la cocinera, acercóse al fogón, levantó una tras otra todas las tapaderas para cerciorarse de que no se había pegado ningún guiso, apartó los asadores para resguardar los asados de alguna violenta llamarada, y pasando al comedor examinó las botellas, mandó aumentar su número, y por último, habiendo mirado si la mesa estaba puesta en toda regla, entró satisfecho en el salón.

Allí junto á la chimenea encontró sentadas á sus hijas que habían confiado la puerta del castillo á Rosina, cuya misión se limitaba á abrirla en cuanto llamasen: Mary inquieta, Berta meditabunda. Ambas pensaban en Michel. Mary suponía que el barón había seguido á Petit-Pierre, y recelaba los riesgos y fatigas á que se expondría; Berta embriagada por el hondo placer subsiguiente á la revelación de un amor correspondido. La pobre muchacha creía haber adquirido en las miradas de Michel la certidumbre de que por ella había vencido su debilidad y arrostrado peligros reales, y medía la grandeza del amor que le suponía por la gran transformación que en su carácter se había operado; hacía mil castillos en el aire y reconvenfáse amargamente de no haberle hecho volver al castillo cuando advirtió que no seguía á los que con su solicitud salvaba. Sonreíase luego, pues de pronto la acudía una idea, y era que el mancebo se habría escondido en algún rincón del castillo para verla á hurtadillas, y que si saliese á los patios ó al parque, le vería aparecer diciéndole: Ved de cuánto soy capaz para obtener una mirada vuestra.

Apenas acababa el marqués de sentarse sin haber tenido

todavía tiempo para notar el ensimismamiento de sus hijas, que por otra parte habría atribuido á otra cualquier causa, cuando sonó un aldabonazo. Estremecióse el señor de Souday, no porque le cogiese desprevenido el golpe, sino porque era muy distinto del que estaba esperando, pues por lo tímido y casi obsequioso nada tenía de soldadesco.

—¿Qué significa eso? dijo.—Creo que han llamado, contestó Berta.—Sí, han dado un aldabonazo, añadió Mary.

El marqués meneó la cabeza como diciendo para sí: No es eso; mas pensando que en semejante circunstancia conviene verlo todo, quiso averiguar lo que era, y por lo tanto salió del salón, atravesó el vestíbulo, y adelantóse hasta el primer peldaño de la escalera. En efecto, en vez del brillo de sables y bayonetas y de los rostros marciales que esperaba, vió avanzar hacia él la cúpula de un grandísimo paraguas azul que subía lentamente la escalera. Como el paraguas seguía subiendo cual concha de tortuga y amenazaba reventarle un ojo con la punta, desvíola el marqués, y hallóse delante de un hocico de garduña superado por dos puntos brillantes como carbunclos y cubierto con un alto sombrero de ala estrecha, tan cepillado, que relucía en la oscuridad cual si le hubiesen dado un baño de barniz.

—¡Voto á una legión de diablos! exclamó al verle el marqués de Souday. ¡Es el tío Lorient!—Para lo que gustéis mandar, contestó el del paraguas con una voz de falsete casi cavernosa de puro halagüeña que quería ser.—Bien venido seáis á mi castillo, díjole jovialmente el marqués como prometiéndose un buen rato con su presencia. Esta noche espero mucha gente, y vos, como notario de la casa, me ayudaréis á hacer los honores de ella. Venid á saludar á las señoritas.

Y con un desenfado que probaba la superioridad que se atribuía sobre un notario de aldea, el viejo hidalgo precedió á su huésped en el salón. Verdad es que el tío Lorient ponía tanto cuidado en limpiarse los pies en la estera colocada á la puerta, que si el marqués hubiese tenido la delicadeza de hacerle entrar primero, habríale hecho un flaco servicio.

Aprovechemos el momento en que al rayo de luz que salía por la puerta medio entornada cerraba el paraguas y se limpiaba los pies, para trazar su retrato si el empeño no es superior á nuestras facultades.

Era el tío Lorient un figurilla flaco y endeble, que aun parecía más raquítico por su costumbre de hablar siempre en-

corvado y en la más respetuosa actitud. Su cara, digámoslo así, era una nariz larga y puntiaguda, pues al desarrollar descomunadamente esta parte de su rostro, la naturaleza había querido desquitarse en las demás, y con increíble sobriedad le escatimó cuanto no pertenecía á la nariz, en términos que era preciso mirarle de muy cerca y gran rato para ver que el tío Lorient tenía ojos y boca como los demás hombres; mas en cambio, notábase mucha viveza en los ojos y cierta elegancia en la boca. En efecto, el Sr. Lorient, ó el tío Lorient, como le llamaba el marqués de Souday, quien á fuer de cazador era algún tanto ornitólogo (1); el tío Lorient, decimos, cumplía todo lo ofrecido en su prospecto/fisonómico, y era bastante mañoso para ganar treinta mil francos explotando el campo donde vivieron con estrechez sus progenitores. Para conseguir este fin hasta entonces reputado imposible, en vez de estudiar el Código estudió á los hombres, y aprendió que la vanidad y la soberbia eran sus predisposiciones dominantes; por consiguiente, procuró lisonjear estos dos vicios, y en breve se captó el aprecio y confianza de los que los poseían. Insiguiendo ese sistema, en casa del Sr. Lorient la cortesía rayaba en obsequiosidad; el notario no saludaba, sino que se prosternaba, y al igual que los faquires de la India, ejercitose tanto en ciertos movimientos, que al cabo se acostumbó literalmente á encorvarse hasta al suelo. Era un paréntesis siempre abierto, en el cual se incluían los títulos de sus clientes, que menudeaban en sus palabras con inagotable abundancia; por poco que su interlocutor fuese barón ó caballero, ó solamente hidalgo, nunca le hablaba el notario sino en tercera persona. Por lo demás, mostraba humilde y expansivo agradecimiento á los que le trataban con amabilidad, y como al propio tiempo manifestaba interesarse de un modo exagerado por los asuntos que le confiaban, supo merecer tantos encomios, que poco á poco adquirió una clientela numerosa entre los nobles de los alrededores.

Lo que más había contribuído á afianzar el crédito del señor Lorient era la exaltación de sus opiniones políticas, pues de él podía decirse: *más realista que el rey*.

Cada vez que oía pronunciar el nombre de un jacobino le chispeaban los ojillos, y para él eran jacobinos todos los liberales sin excepción, desde Chateaubriand á Lafayette;

(1) *Lorient es oropéndola* en castellano (*N. del T.*)

nunca quiso reconocer la monarquía de julio, y siempre llamaba duque de Orleans á Luis Felipe, negándole hasta el título de Alteza Real que Carlos X le había dado.

Constante el señor Lorient en su táctica de mostrar gran respeto á los últimos representantes de un régimen que echaba muy de menos, visitaba con frecuencia á los moradores del castillo, y llevó su complacencia hasta el punto de prestar algunas sumas en el pago de cuyos intereses no era muy puntual el marqués, hombre bastante descuidado en materia de dinero. El castellano acogía con gusto al tío Lorient, así por los préstamos mencionados, como porque el servilismo del notario halagaba su vanidad, y también porque en medio del aislamiento en que vivía le era muy grato cuanto alteraba la monotonía de su existencia.

Cuando vió el notario que ya no quedaba en sus zapatos el menor vestigio de barro, entró en el salón, saludó de nuevo al marqués que ya se había sentado, comenzó á ofrecer sus respetos á las dos doncellas, y antes de que pudiese terminar sus cumplidos, le dijo el anciano:

—Ya sabéis, Lorient, que siempre me alegro de veros.

El notario se inclinó hasta el suelo y el marqués añadió:

—Mas permitidme preguntaros lo que os trae á nuestra aislada vivienda á las nueve y media de la noche y con semejante tiempo. Ya sé que para quien posee un paraguas como el vuestro, la bóveda celeste es siempre azul.

No creyó el notario que debiese pasar desapercibida esta chanza, y murmuró riendo:

—¡Vaya, vaya, señor marqués! Contestando luego directamente, dijo: Figuráos que habiendo yo ido al castillo de la Logerie á llevar dinero á la señora baronesa, y al regresar á pié, como acostumbro, he oído de pronto en el bosque un ruido de mal agüero, que ha confirmado lo que acababan de decirme respecto á la asonada de Montaigu. Entonces, temiendo tropezar con los soldados del duque de Orleans si iba más lejos, he resuelto venir al castillo á pedirnos hospitalidad por esta noche.

Al nombre de la Logerie levantaron Berta y Mary la cabeza como los caballos al oír el lejano sonido del clarín.

—¿Venís de la Logerie? preguntó el marqués.—Así he tenido el honor de decirlo al señor marqués.—¡Calle! ¡Pues esta noche ha venido alguien de la Logerie!—¿El baroncito quizás?—Dueleme en verdad, Lorient, que un hombre de tan

firmes y sanos principios como vos, rebajéis tan respetable título dándolo á semejante familia.

Al oír esas desdeñosas expresiones Berta se ruborizó y Mary se puso pálida. Pasó inadvertido al marqués el efecto que acababan de producir sus palabras, no sucediendo lo mismo con el curial, que iba ya á replicar, cuando aquél le indicó con un gesto que aun no había concluido, y añadió.

—Decid: ¿caso no os tratamos con bastante benevolencia para que entréis en el castillo valiéndoos de un pretexto?— ¡Señor marqués!...—Acabad. Buscáis al Sr. Michel ¿no es cierto? ¿A qué mentir?—Dispénsame el señor marqués. La madre de ese mozo es mi cliente por haberlo sido de mi predecesor, y se halla muy inquieta, pues despreciando el hijo la voluntad de la madre y exponiéndose á una terrible caída, ha bajado de una ventana del segundo piso y ha huido, de modo que la Sra. Michel me ha encargado.....—¡Hola, hola! ¿Eso ha hecho el mocito?—Ni más ni menos, señor marqués.—Por Dios que eso me reconcilia con él; nó del todo, entendámonos, sinó un poco.—Si el señor marqués tuviese la bondad de indicarme su paradero para llevarle á la Logerie...—¡Lléveme el diablo si sé dónde se ha metido! A ver: ¿lo sabéis vosotras? preguntó el marqués á sus hijas.

Estas hicieron un gesto negativo.

—Ya veis, mi buen Lorient, que no podemos complaceros. Mas ¿por qué diablos había encerrado esa buena señora á su hijo?—Según parece, respondió el notario, el joven Michel, tan dócil y sumiso hasta hoy, está enamorado.—¡Ya! quiere hacer de las suyas: decidmelo á mí. ¿Queréis creerme? Decid á su madre que le afloje las riendas, y eso será mejor que apretarle el freno. A más de que, si no me engañan las apariencias, ese joven es bastante travieso.—Creed que es un excelente muchacho, señor marqués, y además hijo único, con más de cien mil libras de renta.—Si no hay más que eso, no bastará para borrar la mancha del nombre que lleva.—¡Papá! exclamó Berta, ¿no recordáis ya el favor que nos ha hecho esta noche? Mary suspiró.—¡Calle! dijo entre sí Lorient; ¿sí tendrá razón la señora baronesa? ¡Por mi vida que sería un magnífico contrato!

Al hacer esa reflexión, púsose á calcular á cuánto ascenderían los honorarios del contrato de bodas entre el barón de la Logerie y la señorita Berta de Souday.

—Tienes razón, dijo el marqués; dejemos á Lorient que se componga como Dios le dé á entender para encontrar al mozo. ¡Con que á buscarle, señor escribano!—Con vuestro permiso, señor marqués.....yo preferiría.....—¡Diantre! Medrosillo sois, amigo mío; há un rato dabais por pretexto vuestro miedo á los soldados, y ahora si no mienten las señas..... ¡No os da vergüenza! ¿Qué puede esperar nuestro partido de un hombre como vos?—Os confieso ingenuamente que no lo sé; pero lo que sí puedo deciros, es que tengo tanta aversión á los uniformes azules que al verlos se me aprieta la garganta, y estoy veinte y cuatro horas sin poder engullir bocado.—Hé aquí explicada vuestra flaqueza; mas lo sensible del caso es que por ella voy á verme obligado á plantaros fuera.—El señor marqués está hoy muy chancero.—Nada de eso, sinó muy interesado en conservar vuestra existencia á fuer de buen amigo.—¡Cómo! ¿Acaso peligra?—¡Y tanto! Yo creo que en buena lógica si la vista de un soldado os priva de comer durante veinte y cuatro horas, después que hayais dormido con todo un regimiento bajo un mismo techo, no podéis menos de perecer de hambre.—¡Dios de Israel! ¡Un regimiento!—Enterito. Lo he convidado á cenar esta noche aquí; y por eso he creído deber advertiros que os convenía tocar soleta cuanto antes. Mas cuenta, que si esos tunantes os ven correr á tales horas por el campo ó por el bosque, pueden muy bien tomaros por otro, ó mejor, por lo que realmente sois, y.....—¿Y qué?—Nada; podría antojárseles honraros con algunos tiros, y sabed que los fusiles del duque de Orleans están cargados con bala.

El notario se demudó y tartamudeó algunas palabras que nadie pudo comprender.

—¡Ea! Decidíos pronto: ¿qué muerte preferís? ¿El hambre, ó un balazo? Mirad que el tiempo vuela y se oye el paso de una partida de tropa; van á llamar á la puerta del castillo..... ¿Qué resolvéis?

No bien hubo acabado de pronunciar el marqués esas palabras, cuando resonó en el patio un recio aldabonazo que no dejaba ya ninguna duda respecto al que lo daba.

—Resuelvo, contestó entonces Lorient haciendo de tripas corazón; resuelvo contestaros que en vuestra compañía me siento capaz de vencer mi repugnancia, por grande que sea.—¿Sí? pues tomad esa luz y precededme para recibir á mis convidados.—¿A vuestros convi..... ¡Vaya! permitid que me

asombre.....—¡Ea! venid y dejáos de cuentos, ya os asombraréis después.

Y tomando el marqués otra luz salió de la habitación seguido de sus hijas: Mary pensativa, Berta inquieta, y ambas con la vista clavada en lo más oscuro del patio, para ver si descubrirían al mancebo en quien de continuo pensaban.

XXX

DE CÓMO EL GENERAL SE SIENTA Á UNA MESA PUESTA PARA OTRO

Según las instrucciones del marqués, transmitidas á Rosina por Mary, abrióse la puerta al primer aldabonazo de los soldados, quienes invadieron el patio apresurándose á cercar la casa. Apeábase el general cuando vió al marqués y al notario que alumbaban, y tras ellos á las dos gemelas, sorprendido de que los cuatro se adelantaran con aire solícito y afable. Bajando el marqués hasta el último peldaño para recibir al general, exclamó:

—A fe mía, general, que ya empezaba á desconfiar de vros esta noche.—¿Cómo á desconfiar? dijo el general admirado de aquel exordio.—Sí tal, y por cierto que me sobraba razón para ello: ¿á qué hora habéis salido de Montaigu? A eso de las siete, ¿no es verdad?—A las siete en punto.—¿Qué tal? Yo había calculado que para venir aquí necesitabais dos horas largas, y por lo tanto os esperaba á las nueve ó nueve y media; y como ya han dado las diez, estábame diciendo cuando habéis llegado: ¿quién sabe si alguna desgracia me privará del honor de recibir en mi casa á un jefe tan simpático y valiente?—¿Según eso estabais prevenido de mi llegada, caballero?—¡Justamente! Apostaría á que vuestra tardanza se debe al maldito vado de Pontfarcy. ¡Es mucho cuento este país! no se puede dar un paso sin tropezar con un riachuelo que en cuanto caen cuatro gotas se convierte en torrente; y ¿qué diremos de los caminos? Entre estos riscos dan el nom-

bre de caminos á los que llamo yo barrancos y torrenteras. Pero vos ya debéis conocerlos, pues de seguro os habrá costado subir la cuesta de Baugé, aquel maldito lodazal en donde el lodo llega á la cintura si no cubre del todo á los hombres; sin embargo, eso son tortas y pan pintado en comparación de *la vereda de las Cabras*; recuerdo aún que en mis tiempos, y eso que yo era furibundo cazador, no podía seguirla sin temblar. En verdad os digo, general, que cuando pienso en los peligros que habéis arrostrado para dispensarme el honor de vuestra visita, no acierto á manifestaros todo mi reconocimiento.

Viendo el general que trataba con un hombre más ladino y astuto que él, resolvió no apartarse del terreno en que el marqués se colocaba, y contestó:

—Creed, señor marqués, que no ha sido culpa mía si he demorado mi llegada, y siento infinito haberme hecho esperar tanto; pero no echaré en saco roto la lección que acabáis de darme, y á despecho de cuantos vados, cuevas y veredas encuentre en mi camino, obraré según las más rigurosas leyes de la cortesía.

Acercóse en esto al general uno de los oficiales de la columna para pedirle instrucciones respecto á las pesquisas que debían practicarse en el castillo.

—¿Cómo se entiende! exclamó el marqués. Sabed, general, que mi casa está á vuestra disposición y podéis disponer de ella como mejor os plazca.—Muy cortés es vuestra oferta para que no la acepte, contestó inclinándose el general.—¿Dónde tenéis la cabeza, muchachas? añadió el de Souday volviéndose á sus hijas. ¿Por qué no me advertís que esos señores están rato há al raso con un tiempo nada grato después de atravesar el vado de Pontfarcy? Entrad, general; entrad, caballeros: he mandado encender en la chimenea un buen fuego y allí podréis secaros la ropa.—Señor marqués, vuestra amabilidad nos confunde; jamás podremos pagaros los favores de que nos estáis colmando, repuso el general mordiéndose el bigote.—¡Oh! podéis pagarme en la misma moneda; pues no dudo de vuestra correspondencia, añadió el marqués entrando en el salón seguido de los oficiales y dejando el candelabro sobre la chimenea, mientras que Loriot después de encender las otras bujías hacía otro tanto. Luego añadió variando de tono: Ahora, permitid que cumpla una formalidad por la cual debería haber empezado: general,